

Benjamín Jarnés y la crítica literaria

Adolfo Sotelo Vázquez

«A ningún oficio mejor que al de escritor podría aplicarse con justicia el mito del pelícano. Con la sangre de sus venas escribe, y en ella va vertido el jugo infinitamente vario de su experiencia»

Adolfo Salazar, *Delicioso el Hereje y otros papeles*, 1945.

I

Poco a poco vamos reconstruyendo la historia de la crítica literaria española durante la Edad de Plata. La publicación de la *Obra crítica* de Benjamín Jarnés por parte del profesor Domingo Ródenas¹ supone un eslabón más en el conocimiento de esta disciplina ancilar y, a la vez, esencial, para dar entera noticia de un determinado tramo de la historia de la literatura española del siglo XX.

Muerto Leopoldo Alas en 1901 es un tópico muy manejado por los escritores de los años 1900-1936 señalar insistentemente la falta de una verdadera crítica literaria y de una personalidad de envergadura que marcara el diapasón de la crítica contemporánea. Desde el declamatorio artículo de Luis Bello en *La Lectura* (1903), «Hace falta un crítico», hasta el interrogante retórico y algo irónico de Benjamín Jarnés en «La semana del buen libro» (*La Vanguardia*; 17-IV-1932), «¿dónde encontrar a los sucesores de Clarín?», una sucesión heterogénea de reflexiones echan mano del tópico². En la emblemática revista *Faro* (la primera empresa periodística de Ortega), un crítico demasiado olvidado, Bernardo G. de Candamo comentaba la crisis de la crítica: «Nos falta a los que la ejercitamos, la sólida y

¹ Benjamín Jarnés, *Obra crítica* (ed. Domingo Ródenas), Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2001. El tomo reúne completos los libros *Ejercicios* (1927) y *Rúbricas* (1931), y una amplia selección de *Feria del libro* (1935) y *Cartas al Ebro* (1940). *Prescinde de Ariel* disperso (1946).

² *Me ayudo en esta breve sucesión de los datos que ofrece la tesis doctoral de Marcelino Jiménez, Enrique Díez-Canedo, crítico literario* (Barcelona, Universidad de Barcelona, 2001), que he dirigido.

vasta cultura, la ecuanimidad, el honrado desinterés [...], falta vigor y enjundia a nuestra crítica» (28-VI-1908). No muchos meses después, otro crítico habitual en la primera y segunda década del siglo XX, Andrés González Blanco, afirmaba: «Es indispensable, urgentísimo, que un crítico culto y penetrado de su misión ocupe el sillón vacante por la muerte del *inmortal* Leopoldo Alas» (*El Globo*, 2-VI-1909). Es el comienzo de un camino que alcanza a los años republicanos. El propio Jarnés, sin que le asistieran demasiadas razones, escribía en *La Vanguardia* (17-VIII-1934): «[en España], donde apenas existe la crítica, donde nadie estudia serenamente a sus contemporáneos».

Las quejas de esta horma son incontables. Ahora bien, dejando a un lado que la personalidad crítica de Clarín quizás fuese irrepetible, lo cierto es que las tareas de Miguel de Unamuno, Ramiro de Maetzu y, sobre todo, Azorín, no se pueden echar en saco roto. Como tampoco puede prescindir de la gigantesca labor de Gómez de Baquero, de quien a su muerte escribía Ramón Menéndez Pidal, refiriéndose al momento en que fallecieron Alas y Valera: «Gómez de Baquero (que entonces andaba alrededor de los cuarenta) quedaba sin disputa como el primer crítico de España» (*La Gaceta Literaria*, 15-VII-1929). Y junto a Andrenio, los trabajos críticos de Rafael Cansinos-Asséns, José María Salaverría, Ramón Pérez de Ayala (un crítico fundamental), Luis Araquistain, Alejandro Plana, Ricardo Baeza, Enrique de Mesa y, sobre todo, Enrique Díez-Canedo, quien definía las tareas críticas a la muerte de Andrenio (*La Gaceta Literaria*, 1-I-1930) con las siguientes palabras:

«No consiste la tarea del crítico en distribuir castigos y premios, en decir ‘esto está bien’, ‘esto está mal’. Consiste, sobre todo, en decir: ‘Esto es así’. En ver si cuadran la realización y el propósito. El gusto del crítico no suele ocultarse; pero no es factor decisivo, porque es gusto y no ley. A diferencia de los críticos de antaño, el de hoy no acomoda su gusto a unas leyes en que no cree nadie. Su libertad es mayor; también es mayor su responsabilidad. Todo el crédito que logre lo ha de obtener por sí mismo. El crítico es hoy abogado, y no juez».

Al aire del ejercicio crítico de Díez-Canedo emergen otras figuras que podríamos llamar (para entendernos) los críticos de la generación del 27 –Ernesto Jiménez Caballero, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Antonio Espina, Juan Chabás, Guillermo de Torre, Antonio Marichalar, Juan José Domenchina, Adolfo Salazar, etc.– entre los que destacan con luz propia los trabajos y los días de Benjamín Jarnés.

Tareas las de estos críticos que hay que implementar con las que bajo el magisterio de Menéndez Pidal y los jóvenes maestros –Américo Castro, Federico de Onís y Tomás Navarro Tomás– llevaban a cabo en el Centro de Estudios Históricos, Dámaso Alonso, Amado Alonso, Fernández Montesinos, Lapesa, etc. Como se ve no les asistían demasiadas razones a los que aún en los años republicanos seguían hablando de la inexistencia de una verdadera crítica literaria en España.

En esta última órbita, dominada en un sector por el magisterio de Ortega y por el rigor y la disciplina historicista del Centro en otro, hay que situar a Jarnés, quien pertenece sin disputa posible al primer grupo. Sobran los motivos³, pero quiero traer a colación un fragmento de la brevísima «Nota autobiográfica» de Jarnés, en la que el escritor aragonés comenta la divisa orteguiana que le ha guiado, «Cumplir nuestro destino alegremente», para añadir «aquí asoma –como asomé y asomará tantas veces– mi excepcional e inquebrantable devoción hacia las ideas y hacia la persona del maestro José Ortega y Gasset»⁴. La transparencia del texto excusa todo comentario.

II

Tal y como prueba brillantemente Domingo Ródenas, la crítica creativa que Jarnés practicará a lo largo de su aventura intelectual tiene deudas con el célebre ensayo de Oscar Wilde, «El crítico como artista» (1881), en el que se apoya Antonio Marichalar para su magnífica conferencia de 1923, *Palma (Lectura crítica)*. Creo que las contrae asimismo con Anatole France, en la medida en que en las series de *La vie littéraire* (1888) se barajan algunos temas de Wilde y también porque en los quehaceres de France ven los críticos del 27 (todos ellos versados en la literatura francesa) un antídoto de lo que Adolfo Salazar llama «crítico objetivo», marbete que adjudica a Brunetière y a Faguet. Crítica que no le complace al excelente crítico musical –tampoco a Jarnés– porque «corta el cordón umbilical y no se preocupa ya sino del nuevo ser, que apenas separado de su genitrix cobra personalidad e independencia»⁵. Por otra parte, me parecen esenciales

³ Algunos los he comentado en mi artículo, «Benjamín Jarnés en La Vanguardia (1931-1936)», Cuadernos Hispanoamericanos, 594 (1999), pp. 47-53. También puede leerse con provecho la «Introducción» de Domingo Ródenas a *Obra crítica*, pp. 32-35.

⁴ Benjamín Jarnés, *Autobiografía* (ed. Ildelfonso Manuel Gil), Cuadernos Jamesianos, I, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1988, p. 11.

⁵ Adolfo Salazar, «Anatole France y Don Quijote», (El Sol, 30-I-1936), *Delicioso el Hereje y otros papeles*, México, Leyenda, 1945. Tomo la fecha del artículo de la tesis doctoral de

—aunque no es este el lugar para detenerme en ello— para el aprendizaje crítico de Jarnés los trabajos de Azorín, donde se fragua un ideario crítico⁶ que no sólo dejó huella en Ortega sino también en sus discípulos.

No obstante, el magisterio crítico que más y mejor gravitó sobre Jarnés es el del autor de las *Meditaciones del Quijote*, en el doble sentido de potenciar la obra elegida mediante el oficio crítico que es oficio lector y creador, y en la calidad de invención, de creación, que tiene todo el arte de la modernidad, calidad que se convierte en condición de las labores del crítico, tal y como advertía Jarnés en su primer libro, *Ejercicios*, reflexionando acerca de la novela decimonónica: «creo en la sola realidad que inventa el novelista, tan lejana de la reproducida por el historiador»⁷.

Levemente apuntados los magisterios que reciben los quehaceres críticos de Jarnés, conviene precisar los rasgos que caracterizaron dichos quehaceres en el período central de su producción crítica, el que va desde su colaboraciones en *Alfar* (1923) hasta la guerra civil. En el importante prólogo a *Feria del libro* (1935), Jarnés expresó con contundencia su convicción de que el arte se urde desde el hombre y desde la vida, desde lo vital:

«Todo buen libro es un arriesgado, un patético buzo que descende a la intimidad del hombre, a buscar allí las raíces del querer y del pensar, del vicio y la virtud. Por eso el buen libro suele ser muy temido, quizá repudiado. Es nuestro inexorable espejo: es nuestro peor enemigo, el más sereno y contumaz»⁸.

Lo vital es la primera e imprescindible premisa desde la que fraguar el texto artístico (luego vendrá el acto diferencial de la expresión). En los quehaceres críticos, que son quehaceres creativos, la tarea dominante debe poner de relieve los acentos vitales ahormados en formas artísticas, como ejercicio de discernimiento y de fijación de valores, porque su deber prioritario es «revelar» la obra.

Esa faena de revelar la obra con simpatía, descrita por Jarnés en el artículo «La semana del buen libro» de la serie «Letras» (*La Vanguardia*, 17-IV-1932) y que se reprodujo como apartado primero del prefacio «Leer

Virginia Trueba, La literatura francesa a la luz de la crítica española (un estudio de las publicaciones periódicas madrileñas, 1923-1932) (*Barcelona, Universidad de Barcelona, 1997*), de la que fui el director.

⁶ He comentado bosquejado este ideario en mi artículo, «Valle-Inclán, embajador en Buenos Aires (A propósito de un artículo olvidado de Azorín)», Cuadernos Hispanoamericanos, 536 (1995), pp. 53-68.

⁷ Benjamín Jarnés, *Ejercicios* (1927), Obra crítica, p. 88.

⁸ Benjamín Jarnés, *Feria del libro* (1935), Obra crítica, p. 172.

para vivir» de *Feria del libro* (1935)⁹, consiste en «Investigación, análisis, valoración, microscopia, faenas lentas y amorosas». No se trata de acomodar la obra ni de informar sobre quién es el autor, se trata de revelar la intimidad de la obra, donde está contenida «la médula de una personalidad», que ha edificado una nueva *originalidad*, hacia la que el crítico guía al lector, valiéndose de toda su capacidad de discernimiento estético y de experiencia vital.

A Benjamín Jarnés no le cabía duda alguna de que la principal misión de la crítica literaria era adentrarse en la mismidad vital de la obra artística, convencido de que una novela –por ejemplo– debía crear «un campo magnético donde el lector se siente arrastrado desde su vida corriente a la vida fingida, por vehemencias auténticas». Así, si en toda gran novela debe plantearse un problema vital¹⁰ –«en una novela todo puede ser inventado menos la irradiación vital», según escribe en su habitual sección «Letras españolas» de *La Nación* de Buenos Aires el 23 de abril de 1931– el crítico que se aproxime a ella debe guiar al lector en su desentrañamiento, que es descubrimiento de lo sustancial y jamás afirmación de lo interjeccional. En fin, tanto para el Jarnés creador como para el crítico valía la exigencia que, tras apelar varias veces a Jean Marie Guyau y *L'Art au point de vue sociologique* (1889)¹¹, sostiene en uno de los artículos de la serie «Límites», «Técnica y expresión» (*La Vanguardia*; 29-XI-1932): «Ahora, más que nunca, hay que exigir al escritor –al artista, en general, aun al artista de la política– su hoja de temperatura moral, su hoja de antecedentes vitales».

⁹ *Habría sido oportuno que el profesor Ródenas lo hubiese tenido en cuenta, puesto que las reflexiones que cita vieron la luz en 1932 y son estrictamente coetáneas del cuaderno íntimo de Jarnés que le sirve para autorizar su argumentación.*

¹⁰ *Incluso en obras tan ajenas al canon del género novela como Policéfalo y señora de Ramón Gómez de la Serna, el crítico Jarnés busca perfilar el problema vital: «Ramón Gómez de la Serna ha llevado a su última novela Policéfalo y señora, un problema vital...» (Letras Españolas, La Nación, 13-XI-1932).*

¹¹ *Precisamente la traducción española de Ricardo Rubio de este libro de Guyau había aparecido en la «Biblioteca Científico-Filosófica» de la editorial Daniel Jorro en 1931.*



Greta Garbo